

# La traducción como un área de complejidades

Rolando Costa Picazo

*En 1994, el Profesor Rolando Costa Picazo fue distinguido con el Premio Konex en el rubro Traducción Literaria. Como una forma de manifestar nuestra adhesión al reconocimiento que implica dicho premio, reproducimos a continuación una conferencia que Costa Picazo dictara en 1991, en la mesa redonda La traducción en América Latina organizada por el Colegio de Traductores Públicos de Buenos Aires, con motivo del Congreso Internacional de la F.I.T. (Federación Internacional de Traductores).*

**H**e participado en varios paneles y mesas redondas sobre traducción y casi siempre el tema o el título de dichos encuentros ha sido: "Los problemas de la traducción" o "En defensa de la traducción". Esto quiere decir que se trata de un área que siempre está a la defensiva porque siempre está siendo atacada desde muchos ángulos. También es un área llena de preguntas, como por ejemplo: ¿es la traducción una habilidad o un arte?, ¿es una ciencia o un oficio?, ¿debe hablarse de equivalencia de efecto entre el original y la traducción o de correspondencias?, ¿cómo debe definirse la tarea de traducir, como una conjunción de mentes y sensibilidades, una mediación entre textos, una transformación de un texto en otro o una apropiación textual?

Nabokov, que es un gran traductor, a veces toma a la traducción en broma y otras la denigra. Como ejemplo, reproduzco una cita de *Pálido*

*Fuego*, una de sus mejores novelas, en traducción de Aurora Bernárdez: "El inglés no se enseñaba en Zembla (el país imaginario de esta novela) antes de la época del señor Campbell. Connal (un traductor) lo había aprendido por sí solo, sobre todo leyendo un léxico de memoria, siendo joven, hacia 1880, cuando parecía abrirse delante de él, no un infierno verbal, sino una tranquila carrera militar, y su primera obra, la traducción de los *Sonetos* de Shakespeare, fue el resultado de una apuesta que había hecho con uno de sus camaradas oficiales. Cambió su uniforme con alamares por la bata del erudito y abordó *La tempestad*. Trabajador lento, necesitó medio siglo para traducir las obras completas del que él llamaba 'dze Bart'. Después de esto, en 1930, siguió con Milton y otros poetas, cavando sin cesar a través de las edades, y acababa de terminar *The Rhyme of the Three Sealers* de Kipling, cuando cayó en-

fermo y murió enseguida bajo el dosel de su cama, espléndidamente decorado con reproducciones de los animales de Altamira, siendo sus últimas palabras en el delirio final: *Comment dit-on mourir en anglais?*. Un fin hermoso y conmovedor.”<sup>1</sup>

En la traducción que hace Nabokov de *Eugène Onegin* de Pushkin, dice que “la traducción es la profanación de los muertos”<sup>2</sup>. Podemos comparar esto con lo que expresa Ezra Pound en su primer *Cantar*, que como sabemos es la traducción del original griego a través del latín, al inglés, escrito en una imitación del anglosajón. Allí, él dice que la traducción es un acto mediante el cual “se da una transfusión de sangre a los muertos”<sup>3</sup>, es decir, se da vida a los muertos. Como vemos, la posición de Nabokov y la de Ezra Pound constituyen polos opuestos.

El problema mayor, tal vez, se pueda sintetizar en ese lema que tanto nos molesta: *traduttore, tradittore*. Porque la traducción, se dice, es imposible, sobre todo la traducción de la poesía. Robert Frost, por ejemplo, afirma que “poesía es aquello que se pierde en la traducción”.

El traductor miente, desvirtúa, traiciona el original. Cabe entonces aquí la pregunta: el original, ¿es original?. En primera y última instancia, el origen —si de origen hablamos— es la mente de Dios y según la Cábala, Dios es ausencia.

Por eso podemos decir que nos encontramos en un área *cartesiana*, plagada de innumerables dilemas. ¿Hay que saber mejor el idioma de llegada o el de partida; o ambos por igual?. ¿Una traducción debe ser lo más literal posible o no? ¿Debe mejorar el original? ¿Debe conservar las ambigüedades? ¿Han de leerse las traducciones como si fueran el texto original o por el contrario, éstas deben transparentar su condición de traducciones?

Hay quienes denigran a la traducción porque la ubican en un plano

servil, en un plano secundario. Dice Jacques Perret que el traductor es la mano que obedece a una cabeza que no es la de él; y Wallace Stevens que la luna sigue al sol como una traducción francesa a una novela rusa. Como contrapartida, Edward Fitzgerald alega que es mejor un perro vivo que un león muerto.

Primero está el *original* pero es imposible pretender la igualdad entre dos textos distintos. En las traducciones *en face* se hace patente la división entre ambos idiomas. Esta división está señalada por el espacio en blanco que separa la página de la izquierda —la del idioma de partida— de la de la derecha —la del idioma de llegada—. No puede aspirarse —no debe aspirarse— a que la traducción sea una duplicación del original. Todo texto es epistemológicamente irrepetible debido a la naturaleza de los lenguajes. Un *segundo* texto está condenado a ser *otro* texto. El traductor se impregna del primer texto para dar a luz otro que, aunque sea bueno, no es mejor ni peor: es otro, es distinto.

Recordemos que la traducción es una operación que involucra dos idiomas, dos textos, dos tiempos, dos lugares y tres personas, dos de las cuales saben un solo idioma. Únicamente la tercera sabe los dos.

¿Qué ocurre, por ejemplo, cuando un autor se traduce a sí mismo,

---

No puede aspirarse —no debe aspirarse— a que la traducción sea una duplicación del original. Todo texto es epistemológicamente irrepetible debido a la naturaleza de los lenguajes. Un *segundo* texto está condenado a ser *otro* texto. El traductor se impregna del primer texto para dar a luz otro que, aunque sea bueno, no es mejor ni peor: es otro, es distinto.

---

---

La traducción es una actividad masoquista. El traductor gana mal; su nombre no aparece en las noticias bibliográficas —menos aún en la tapa de los libros— y quienes lo critican suelen no tener autoridad para hacerlo ya que desconocen el texto de partida. El traductor está vencido antes de comenzar porque sabe que jamás logrará quedar satisfecho con su trabajo.

---

como sucede con Beckett, con el mismo Nabokov e incluso con Borges? ¿Cuál es el arquetipo en este caso? ¿Es Janus, que mira hacia ambos lados? ¿Es Tiresias? ¿Es Narciso?

No se puede pretender que la traducción duplique el original, que sea igual. Un genetista francés, Jacob, sostiene que todo el programa genético puede reducirse a una orden: duplicarse. Para hacerlo, la célula debe morir. La duplicación es la muerte. Este paradigma ya está en *Pierre Menard*. La traducción no puede aspirar a la muerte ni estar obligada a ella porque la traducción es creación, es vida, es dar a luz un nuevo texto.

Por otra parte, la traducción es una actividad masoquista. El traductor gana mal; su nombre no aparece en las noticias bibliográficas —menos aún en la tapa de los libros— y quienes lo critican suelen no tener autoridad para hacerlo ya que desconocen el texto de partida. El traductor está vencido antes de comenzar porque sabe que jamás logrará quedar satisfecho con el producto; producto que, por otro lado, jamás se termina, porque las traducciones nunca se terminan, simplemente se dejan de lado.

El traductor no recibe derechos por su traducción, por lo menos en la Argentina. A menos que sea traduc-

tor de latín o griego antiguo —situación ideal— debe ir a París, a Londres, a New York o adonde sea para mantenerse al día con el idioma. Y, por momentos, se uniría con gusto al profesor Godbole de *A Passage to India*<sup>4</sup> para decir: “¡Ven! ¡Ven! ¡Ven!” a las palabras que tiene en *la punta de la lengua*.

Sin embargo, los traductores trabajamos con energía, con alegría, con imaginación, con creatividad, con paciencia, con excitación, con placer, con ingenio y con inventiva. Porque la traducción es una forma de sudor mental, una manera de vivir y enfrentarse al Otro.

Rolando Costa Picazo es actualmente Profesor Titular de Literatura Norteamericana en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Ha traducido al español, entre otros, a Hemingway, Capote, Faulkner, Mailer y Auden.

1. Nabokov, V. *Pálido Fuego*. tr. Aurora Bernádez. Buenos Aires: Sudamericana, 1974, p.287.

2. Nabokov, V. “On translating *Eugène Onegin*”. En *The Portable Nabokov*, ed. Page Stegner. Hammondsouth: Penguin Books, 1978, p.531.

3. Pound, E. *The Cantos*. Fourth Printing. New York: New Directions, 1973, p.4. Traducción propia.

4. Personaje de *A Passage to India*, de E.M. Forster. Novela publicada en 1924.